

Intimidades e interiores del Palacio Cousiño

Por GERMAN KRAUSHAAR

(En memoria de José Santos Salas, quien tanto hizo por acrecentar y restaurar este palacio y deseó, más de una vez, que fuera Museo de Artes Decorativas).

QUE doña Isidora Goyenechea Gallo de Cousiño mujer excepcional en la vida de su tiempo. Casi existencial en su privanza. Artera, en los negocios. Fastuosa, en su medio. Dejó, para memoria del olvido suyo, dos palacios que por la riqueza de su arquitectura, decoración y mobiliario fueron habitados por tres generaciones de descendientes. Excepcional cosa en Chile, donde antes y hoy los herederos se apresuran a demoler las casas solariegas para levantar las suyas "sin rastros del pasado" hacedor. Supongo que sea esto un símbolo inconsciente de borrar la autoridad patriarcal y así obtener una máxima autonomía de vida, etc. Estos son: el de Lota, de cuatro



Fachada del Palacio Cousiño

diferentes estilos, y su bello parque. Lamentablemente, este palacio ha sido descuidadísimo y su rico mobiliario, diseminado; y el de Santiago, que lleva su apellido con más razón que el parque de este mismo nombre.

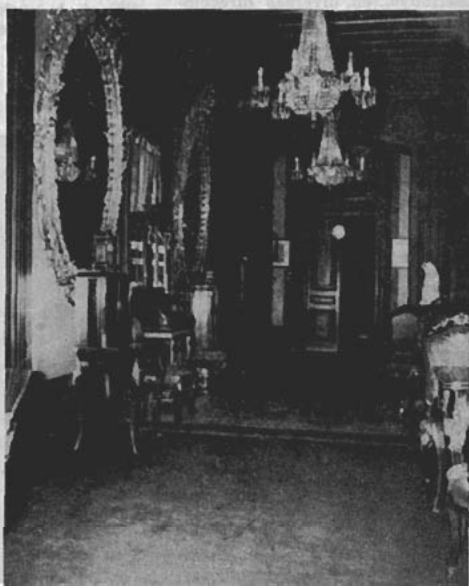
En 1874 era la calle Dieciocho de Septiembre una alameda de sauces, transumada sólo en las festividades patrias por los regimientos y público concurrentes al Campo de Marte, como entonces se llamaba el Parque Cou-

siño. Allí la señora Goyenechea eligió solar para su palacio, invitando en uno de sus viajes a Europa a un arquitecto francés de cierto nombre. Este diseñó y construyó un edificio de puro estilo italiano, tal cual se ven en las proximidades de Florencia o en La Riviera y que fueran tantas veces descritos en las novelas de J. Lorraine como escenario de terribles historias. Tras años de trabajo quedó concluido y se le contó entre los más suntuosos de

Fastuosa vitrina del comedor

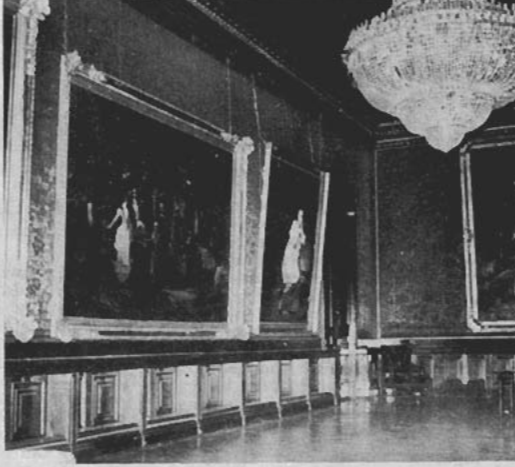


Galería Boule adquirida por José Santos Salas para el palacio





Gran salón: confidente triple



Los grandes cuadros de Monvoisin

la capital, que a la fecha eran el de Urmeneta, en la calle de Las Monjitas; el de Díaz Gana, en La Alameda; el de Edwards, en la calle de La Catedral; el de Meiggs, en La Alameda; el de Real de Azúa, en la calle de Las Monjitas; el de Echaurren Valero, en la calle Dieciocho; el de Elguín, en La Alameda; el de Ossa, en la calle Compañía, y el de Garín, también en La Alameda esquina de Carrera. Todos estos fueron superados en su construcción por el de la señora Cousiño que no menguó gastos para su magnificencia.

Viajera incansable, lo amobló a la más fina moda de entonces, y aunque parezca paradoja, todas las antigüedades eran novedades en 1880. Su menaje es una típica muestra de lo que se podía adquirir en ese maravilloso París fin de siglo. Allí están las mejores muestras de los tapiceros, bazares y casas de arte del bulevar de los italianos y de La Paz.

Extraviado en sus salones encontramos "el tiempo perdido". La vida ídola. Todo el inmenso y contradictorio siglo XIX se hace patente y se justifica. Miramos con los ojos de la mente. Nada tiene concepto, la forma lo hace todo. Pero es bello; fiesta para los sentidos. Entre tanta complacencia al lujo, todo halaga a la vista, nada al pensamiento. Pero es grato. Ni un objeto intelectual en el repertorio de las cosas. Los inmensos cuadros de Monvoisin: "Los Girondinos", "Carlota Corday", "Elolisa", "Schezarda" y "Escena dantesca" son sólo ilustraciones de libros. El comedor, un grandioso, glorioso y falso

Renacimiento francés, cariátides hercúleas, guerreros atilados, muecas gratas a diestra y siniestra, sillas y muros de cuero polícromado, techos constelados de porcelana, espejos, terciopelos, etc. Tout Paris en América —¡o en el corazón de una americana!

En los salones desenfadada orgía de dorados, mármoles, palissandre, tapices, opalinas, lágrimas, brocados, sévres, marquetterías, bronce, etc. Suntuoso



La señora Isidora Cousiño (1875)

impacto: nuestros oscuros trajes desentonan entre tanta policromía y acsuas de oro. Somos que sólo un desnudo absoluto sentaría en esta jungla dorada (las cosas se parecen en lo que se diferencian).

El gran hall, aún pequeño para contener esa bóveda de cristal que es la lámpara más grande de lágrimas que hay en Chile, se abre en una ancha escalinata —verdadero muestrario de mármoles— por la que a cada instante esperamos ver bajar a un anciano caballero desvariado en suntuosa robe de chambre, que seguirá con nosotros una conversación interrumpida hace 80 años, porque acá lo natural es lo sobrenatural... El dormitorio de la señora es, a no dudarlo, idéntico al que fuera de Sara Bernhardt. Hay una curiosa complicidad de enfermedad y galantería en ese tálamo con gran marquessina y crespón, muebles rosa, moires, espejos y techo pintados con amores de dioses. En estos lechos se podía recibir sin ser visto y simulaba cualquiera complicidad amorosa. Qué teatral resulta una persona en él: la presentan como en un escenario, teniendo por los espejos a la misma persona como público.

Largo hemos deambulado; estamos hartos de riquezas. Nos quedan los oros y brocados. Los fantasmas de mármol nos congelan. A la hora esta mejor fuéramos a la naturaleza, en el sonoro silencio del crepúsculo sólo quizás recordemos aquellos versos que allí seguramente olvidemos. "De mágicos jardines rodeados, se alza un bello palacio. Allí descansa el moro rey cuando el fatal cuidado y cortesanía estrépito le cansa. En él ahora al júbilo entregado yace. Pero yendo siguiéndole va la muerte, y esto y él olvidado será..."

¡Qué viejo y perdido mundo: que a la vida vuelve el recuerdo y a la muerte, el olvido!